CAPILLA ALFONSINA

XIV

El cerro de Barrabás

A poco tiempo de estar en Zirándaro, hice relaciones con un mozo soltero, sin familia, emprendedor, audaz, gran cazador de tigres y nadador célebre en los contornos.

»Se contaban de él cosas maravillosas. Amaba á una mujer, y ésta le manifestó deseos de conocer un tigre vivo: Torralva, que así se apellidaba, no contestó nada; al día siguiente tomó su escopeta, y seguido de sus perros se internó en el bosque; nadie supo lo que pasó; pero el domingo siguiente, todo el pueblo, espantado, pudo ver frente á la casa de la novia de Torralva, dentro de una formidable jaula de madera, con toscas ruedas y tirada por dos borricos, un hermoso tigre que venía sin la más leve herida.

»Torralva salía algunas mañanas á cazar patos á la orilla del río: una vez, una mujer que lavaba, dejó acercar mucho al agua á su hijo; el niño resbaló y cayó al río; y cuando la madre ocurrió, un caimán le arrebató con sus enormes mandíbulas. Torralva tiró la escopeta y se arrojó al agua con su puñal; no era ya posible salvar á la criatura, porque el monstruo la había devorado, pero era preciso matar al caimán, porque si estos animales llegan alguna vez á probar la carne del hombre, después se vuelven terribles y peligrosos, porque ya no gustan de otro alimento, y atacan las canoas y salen hasta las orillas de los pueblos y de las rancherías á comerse á los muchachos y á las mujeres.

»Torralva nadaba como un pez, y trabó con el caimán un combate horroroso: el monstruo se defendía sumergiéndose, dando colazos espantosos sonando los dientes de una manera que hacía estremecer, y lanzando gritos aterradores, semejantes á los de un toro que huele la sangre del matadero: Torralva, procurando estar siempre debajo del animal y esquivar un golpe, le abrió el vientre con su puñal, y el caimán, herido, salió como hacen todos ellos á morir en la ribera.

»Con este hombre llegué á tener una estrecha amistad.

»Yo no olvidaba mi tesoro: y un día, para ver si alguien tenia noticia de él, hice recaer la conversación sobre «dinero enterrado», como se dice allí.

»—Yo conozco un lugar en donde hay mucho dinero enterrado, díjome Torralva, y un día hemos de ir á ver si sacamos algo.

»—¿En dónde? pregunté sobresaltado.

»—Mire usted, me dijo mostrándome hacia el Sur: ¿ve usted ese cerro tan alto y tan aislado? pues ese se llama el cerro de Barrabás: allí durante mucho tiempo tuvo su campo el general Guerrero; y teniendo que abandonarle, y no pudiendo llevarse una gran cantidad de dinero, lo arrojaron en unas grietas muy profundas que hay allí.

»—¿Pero será verdad?

»—Oiga usted; cuando el sol está derecho, por esas grietas se ve brillar el dinero en el fondo.

»—¿Y cómo no lo han sacado ya?

»—Eso yo no sé; será porque los mexicanos somos así: pregunte usted también ¿por qué no volvió el general Guerrero á buscar las minas de diamantes que todos estamos seguros de que encontró, y que sabía donde estaban?

»Yo no supe qué contestar.

»—Pero ahora no se quedará así: mañana mismo convido á dos amigos y nosotros dos, y vamos los cuatro á ver qué sacamos: no se necesita más que unas reatas largas.

»—¿Está lejos?

»—No; en un día vamos y en otro volvemos: eso sí, andando recio.

»—Muy bien, iremos.

»Estaba yo de fortuna, y nada me parecía imposible.

»Amaneció el día siguiente, llegaron los dos amigos, y nos pusimos en camino llevando nuestro itacate, que consistía en carne seca, tortillas gordas hechas con manteca y esa harina de maíz preparada con dulce, que se llama «pinole».

»Todo el día caminamos, y al caer de la tarde llegamos á la cima del monte.

»—Aquí dormimos, dijo Torralva, y mañana emprendemos la obra.

»Encendimos fogatas para librarnos de las fieras y de las víboras, cenamos alegremente, y nos dormimos tranquilos, fiados en la vigilancia de los sagaces perros de Torralva, que se pusieron como centinelas avanzados cerca de la lumbre.

»Antes que el sol saliera estábamos en pie, y nuestro guía nos condujo á la grieta deseada.

»En medio de aquel cerro había una especie de barranca profundísima, pero estrecha, estrecha casi hasta no permitir en algunos puntos la entrada á un hombre, y cortada perpendicularmente á pico, como si el cerro se hubiera dividido como puede dividirse una esfera de cristal.

»Todos se comprometían á entrar; echamos suertes, y le tocó á Torralva: se ató la cuerda en la cintura, hizo la señal de la cruz sobre su rostro, y comenzó á bajar.

»Se deslizaba rápidamente apoyándose en las paredes de la grieta, y nosotros sosteníamos las reatas por precaución. Así siguió bajando: apenas le distinguíamos, tan estrecha y obscura era la entrada á aquel precipicio.

»De repente sentimos un brusco movimiento, y luego nada.

»—¡Torralva, Torralva! gritamos espantados; ¿ha sucedido algo?

»—Nada, contestó él desde abajo, me iba á caer; pero me he quedado atorado, y no puedo ni subir ni bajar más.

»Había entrado en un lugar más estrecho, como una

cuña, y no podía moverse; por las oscilaciones de la cuerda, conocimos que hacía grandes esfuerzos.

»—¿Tiramos la cuerda? le grité.

»—Sí, contestó.

»Y nos pusimos á tirar como desesperados.

»—Te vamos á lastimar, gritó uno de sus amigos.

»—No importa: estiren, que si no, me quedo aquí.

»Volvimos á tirar entonces con más fuerza, y la cuerda se reventó.

»La cosa se iba poniendo seria; volvimos á anudar otra reata y bajamos la punta á Torralva.

»—¡Amárrate esa punta, grité!

»Y sentí que la tiraban del fondo.

»—¿Ya? pregunté.

»—Ya, contestó Torralva.

»Volvió á suceder lo mismo, y en vano se repitió la operación.

»Estábamos espantados: ¿qué hacer?

»Aquel hombre no podía salir de allí, y humanamente no era posible auxiliarle; no le podíamos tampoco abandonar.

»La situación de Torralva, así como incrustado vivo en una peña y á una profundidad tan grande, adonde no podía llegarle socorro alguno, era espantosa.

»Se determinó que fuese uno al pueblo á pedir socorro, pero en esto se perdían dos días; aquello era horrible.

CAPILLA ALFONSINA

»Comenzamos á descolgarle algo de comer en una servilleta, pero él lo rehusó, y nada quiso tomar; pasamos así el día y la noche hablándole para consolarlo, pero él nos contestaba:

»—Si ustedes vieran de qué manera estoy, no guardarían esperanza.

»A la mañana siguiente nos gritó pidiéndonos su escopeta para matarse, y se la negamos.

»Le ofrecimos alimento, y se negó también á tomarlo.

»—No conseguiré sino prolongar mi agonía: ¿puedo yo vivir aquí?

»Llegaron en la tarde los del pueblo con reatas, escaleras, luces; pero todo fué inútil; nadie pudo llegar adonde él estaba, y todos los esfuerzos para sacarle fueron vanos.

»—¡Ah, qué corazones tienen! gritó: si ven que es imposible sacarme, ¿por qué me niegan mi escopeta? ¡para verme morir desesperado!

»Aquello nos partió el corazón; uno de sus amigos amarró la escopeta en una reata, y le gritó:

»—Ahí va la escopeta; pégate bien en la frente, no vayas á quedar herido.

»—Gracias, contestó Torralva.

»Y se escuchó la detonación.

»Todo había terminado.

»Los perros de aquel desgraciado aullaban dolorosa-

mente agitándose en el borde de la grieta y mirando al fondo.

»Todos dimos la vuelta al pueblo, cabizbajos y sin hablar una palabra; á los perros fué imposible quitarlos de allí: pocos días después, algunos curiosos fueron á ver el lugar de la desgracia, y aquellos fieles animales andaban en el cerro: acostumbrados á la caza, no les faltaba alimento, y al fin llegaron á ser tan completamente montaraces, que como unas fieras infundían miedo é impedían la entrada en aquellos lugares.

CAPILLA ALFONSINA

XV

El incendio

Pasaban los días, y yo necesitaba salir de aquella situación, sacar mi dinero para poder emplearlo, y sobre todo, para estar tranquilo.

»Con pretexto de pasear y de cazar á los caimanes que salen todos los días á dormir á la orilla del río á la hora en que es más fuerte el calor del sol, me hacía pasar del otro lado y llegaba hasta el lugar de mi tesoro, determinado á sacar algún dinero para comprar mulas y sacos en que transportarlo; pero siempre en el momento de emprender la operación me parecía que alguien me miraba, que me habían seguido y lo dejaba para otro día.

»Por fin me decidí, y pretextando un viaje de pocos días, atravesé el río; en la tarde me embosqué cerca de la ziranda misteriosa, y ya muy avanzada la noche cavé la